



Libros.com

RASTRO

RAFAEL RICOY





Primera edición digital: enero 2020
Campaña de crowdfunding: Equipo de Libros.com
Composición e imagen de la cubierta: Rafael Ricoy Olariaga
Maquetación: Álvaro López y Rafael Ricoy Olariaga
Corrección: Patricia Á. Casal

© 2020 Rafael Ricoy Olariaga

© 2020 Libros.com

editorial@libros.com

ISBN digital: 978-84-17993-81-8



Rafael Ricoy Olariaga
RASTRO

A P.R.S. porque creyó en mí antes que yo.

A mi padre, que podría haber tenido un puesto en El Rastro; a mi madre, que me enseñó composición fotográfica sin saberlo, mostrándome cómo hacía el escaparate de su tienda; a mi hermano Germán, que llenó mis primeros años de música e imágenes plantando una semilla que nunca ha parado de crecer; y a mi hermana Jesusa, por creer profundamente en mí y estar siempre ahí a pesar de la distancia.

«El Rastro, es sobre todo, más que un lugar de cosas, un lugar de imágenes y de asociaciones de ideas, imágenes, asociaciones sensibles, sufridas, tiernas, interiores (...) Se suceden unas a otras sin detenerse por tremendas o balbucientes e ingenuas y se las acepta y se las sonrío o se las lamenta y se las suelta».

Ramón Gómez de la Serna, *El Rastro*, 1915.

Introducción

Aunque suene a paradoja, este libro que tienes en tus manos no es un libro sobre El Rastro de Madrid. Es un libro de fotografía callejera, ese género tan indefinible e inaprehensible y que sin embargo no deja de ser accesible y sencillo. Sí, el libro se llama *RASTRO* (así, con mayúsculas) y las fotos se han realizado en ese entorno, pero no hay nada más lejos de la intención de este volumen que servir de guía, ilustración o introducción a lo que ocurre en esa parte de Madrid todos los domingos.

Dicen que cuando se acomete un trabajo artístico es imposible despegarse de uno mismo, que uno deja su huella (su rastro) en todo lo que hace aunque no lo pretenda. También dicen que es inevitable hablar de uno mismo aunque elija un tema que aparentemente no tenga nada que ver con su propia realidad y circunstancia. Siempre acabamos hablando de nosotros mismos. Teniendo estas dos cosas en cuenta afronté este trabajo. Sabía que uno debe entregarse a la imposibilidad de dejar de ser el que es.

Hojeando este libro, pues, me pregunto quién soy. Lo primero es que si la fotografía, según la definición exacta, consiste en escribir con luz, entonces hay que concluir que tengo mala letra, no soy un fotógrafo obsesionado con la perfección técnica, parte del arte consiste en hacer de la limitación una virtud y de la imperfección, estilo, y ese es el mío: directo al ojo, rápido y sucio. Me interesa mucho más el contenido que la estética, aunque ambos vayan íntimamente unidos y tan importante es el cómo se cuenta que lo que se cuenta. Es más, la forma determina el contenido.

Me interesa la textura en las cosas, las personas y en la propia superficie de la fotografía, el movimiento, el desenfoque, el grano, etc. Siempre me ha gustado la pátina de las cosas, el rastro del tiempo, que añade una cuarta dimensión a los objetos. Y desde luego El Rastro era un buen lugar para buscarla.

Salgo a la calle como lo haría un descifrador de jeroglíficos, la calle es un *collage* enorme con piezas en movimiento, solo hay que encontrar las relaciones entre ellas y el hilo del relato invisible que las une, ese es el trabajo del fotógrafo callejero. Las lecturas son tan infinitas como los lectores y ahí, como en un test de Rorschach, todos salimos retratados.

RASTRO es en blanco y negro porque no podría ser de otra manera, porque es atemporal como el propio Rastro. Es un relato mudo que cuenta la historia que no sale en los titulares, pero que ayuda a construir la Historia con mayúsculas. Es la reflexión de un paseante que retrata lo que le rodea con perplejidad buscando una vuelta de tuerca a lo cotidiano. Es el reflejo de un estado de ánimo y la historia de una mirada. *RASTRO* quiere ser moderno jugando a ser clásico y en ocasiones le da sentido a la paradoja «realismo abstracto».

Empecé a ir a El Rastro como un ritual dominical. Para mí supone sumergirse en un mar de personas y objetos. Al principio iba sin cámara, pero pronto la incorporé porque me parecía un lugar ideal para hacer fotos. En El Rastro encuentras un corte transversal perfecto de una sociedad, de un país y de un momento, funciona como metáfora a gran escala. Allí he encontrado caras, texturas, situaciones, ambientes que son muy de aquí y por eso mismo de todas partes. Creo que he conseguido un trabajo con regusto clásico pero con un pie apoyado siempre en el surrealismo cotidiano, buscando un significado más allá de la mera descripción, un significado que finalmente corresponde al espectador redondear.

El Rastro es el no-lugar por excelencia, la saturación de significados y significantes es tal que acaba por absorber nuestros pensamientos, por eso es un sitio recomendable, como decía Gómez de la Serna, para curar cualquier melancolía, allí la mente se pasea en

blanco vagando de puesto en puesto, de maravilla en maravilla y de chatarra en chatarra. El Rastro se torna en compulsión dominguera, en misa para ateos y en una bendita ceremonia de la confusión.

Mi intención es, por tanto, conseguir que la mirada del espectador se pasee por estas páginas como lo haría por el propio Rastro; abrazando el caos, asumiendo el desorden y la imperfección y dejándose llevar por el juego de asociaciones, provocadas o no, que le proponga tanto el paso ordenado de una foto a la siguiente como el hojear aleatorio del libro.

Me encantaría pensar que a alguna persona este libro le pudiera servir de estímulo para coger la cámara y salir a la calle, como me pasó a mí con otros libros. Cada uno aporta un punto de vista único y original, y el mundo anda muy necesitado de ellos. El mío es uno más, tal vez algo más curtido por la costumbre pero tan valioso como cualquiera. Dale cien cámaras